

mos encontrado expuestos á una guerra; muchas personas creen que la intencion de la Prusia ha sido irritarnos y que nos irritará tambien mas adelante... Yo me procuraré de todos modos que toda buena intencion del gabinete de Berlin encuentre abierta nuestra puerta, sin que por esto cuente con semejante contingencia; pero si el señor de Bismarck llega á buscar intencionalmente motivo de contienda, nos encontrará (1).» Esto queria decir únicamente: cuando este-mos preparados y tengamos aliados. Los armamentos, sin embargo, habian progresado en aquellas semanas notablemente: el ejército de Argelia estaba á punto de embarcarse en Argel; el campamento de Chalons se habia abierto antes de la época acostumbrada y contenia doble número de tropas que en otro tiempo; se habian entregado á los depósitos 600,000 chassepots y se esperaban nuevas remesas de España y de América; se pertrecharon las fortalezas; en Metz se reunió un inmenso parque de artillería; se habian llevado á Estrasburgo lanchas cañoneras; se habian llamado las reservas de 1864 y 1865; no se habia licenciado la quinta de 1860, y en todas partes, en Hungría, en Suiza y en Italia estaba comprando el gobierno francés caballos y mulas. No obstante, faltaba todavía mucho para que la Francia estuviera realmente preparada para la guerra, pues á Napoleon convenia establecer la nueva ley del servicio militar y asegurarse alianzas antes de emprender nada contra Alemania. A estos dos últimos puntos se dirigió, pues, su atencion sin desviarse, y éste fué motivo bastante para que Napoleon evitara que la guerra estallara antes de tiempo. A esto se agregaba el deseo de no echar á perder la exposicion universal de Paris, para la cual se habian anunciado visitas de muchos soberanos, entre ellos tambien el rey de Prusia; podia contarse además con un verdadero diluvio de visitantes extranjeros, por manera que despues de tantos disgustos de los últimos años, podia esperar Napoleon gozar una vez mas con tranquilidad del poderío y magnificencia del imperio. A pesar del lenguaje belicoso de muchos periódicos de Paris, la opinion pública se habia hecho cargo de estas consideraciones, y si por otra parte los adversarios del gobierno se valieron de todo y de consiguiente tambien de la cuestion del Luxemburgo para dirigirle cargos, no por eso se alegraban menos de la conservacion de la paz.

La visita que el rey Guillermo y sus acompañantes los condes Bismarck y Moltke hicieron en junio á la exposicion, parecia ser una confirmacion del restablecimiento de las buenas relaciones, y el trato afable y amistoso de los dos soberanos fué á propósito para encubrir la verdad, la cual era que las opiniones encontradas continuaban de la misma manera y que el recelo estaba profundamente arraigado en el ánimo de las dos partes. Además, la satisfaccion de los franceses y del emperador Napoleon con motivo de la visita del rey de Prusia, se amargó con el empeño decidido del czar de visitar con su tío las Tullerías. Esta intimidad entre los soberanos de Rusia y Prusia, y el cañon gigantesco de Krupp, que figuraba como representante principal de la parte alemana de la exposicion, fueron en realidad y en medio de las fiestas y de todo el júbilo, nubes tétricas que oscurecieron el horizonte de la política francesa.

CAPITULO XIV

CONMOCION DEL RÉGIMEN IMPERIAL

Tambien en el campo de la política interior las señales del tiempo se habian ido presentando gradualmente mas

(1) Rothan: *L'affaire du Luxembourg*, pág. 270.

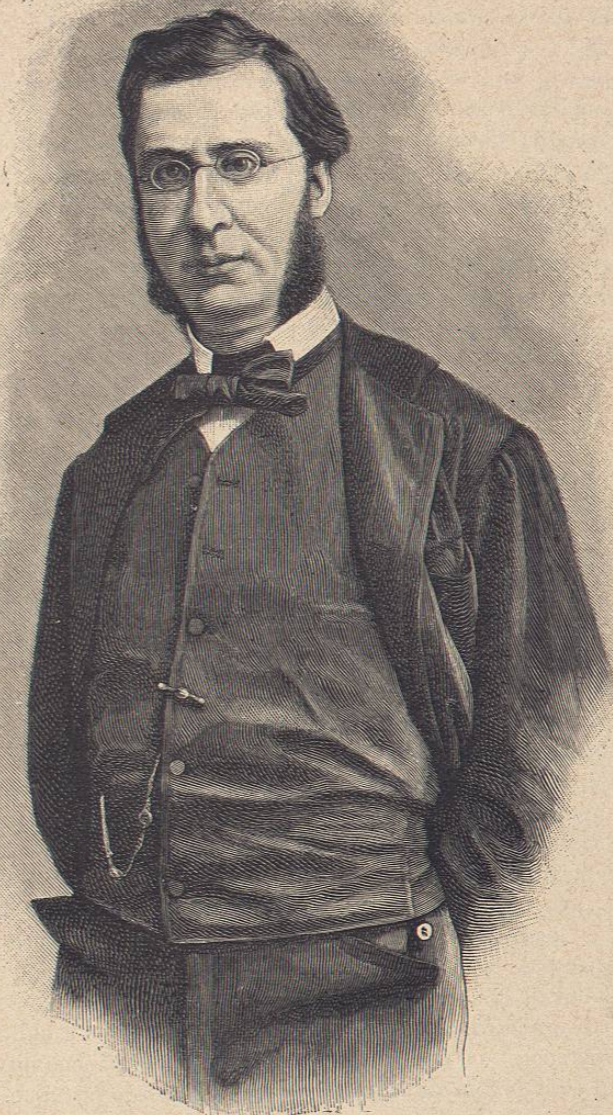
amenazadoras; y cuanto mas se desvanecia la aureola con que la eficaz política extranjera habia rodeado al imperio de Napoleon, tanto mas atentamente se observaban en las Tullerías los signos precursores de tempestad que presentaba el robustecimiento de la oposicion parlamentaria. Repugnaba al emperador volver al sistema de opresion rigurosa y sin consideracion á nadie de sus primeros años de reinado, porque su carácter era demasiado blando para que le hubiese gustado, y tambien era demasiado inteligente para creer posible sostener largo tiempo tal sistema en un país como la Francia. Proponíase, pues, como se habia propuesto antes, efectuar la transicion á una situacion mas liberal, que para él era el coronamiento del edificio. Este propósito, sin embargo, suponía previamente la conservacion y robustecimiento de su dinastía, y siempre que ésta parecia comprometida, el emperador se mostraba vacilante y aun daba un paso atrás. No estaba convencido de que la libertad pudiese asegurar á su hijo la sucesion en el trono, y no obstante, esta conviccion habria sido absolutamente necesaria para emprender con energía la transformacion del régimen gubernativo en sentido liberal. Esto produjo un estado intermedio, el peor que podia haberse imaginado para el bonapartismo. Con aflojar las riendas del gobierno se dejó mas campo á los enemigos de la dinastía, mientras se disgustó á los amigos que la habian apoyado desde el primer día, al paso que la libertad concedida era insuficiente para atraer partidarios entre la muchedumbre al pequeño número de bonapartistas liberales y para desarmar á los partidos antiguos.

Ya en las elecciones de 1863 se habian manifestado las malas consecuencias de este liberalismo á medias. La situacion se habia empeorado indiscutiblemente desde el decreto de noviembre de 1860, pero no era desesperada. Lo que la oposicion parlamentaria habia ganado en número, lo habia perdido en cohesion y unanimidad de actitud. Al lado de adversarios irreconciliables del imperio como Julio Simon ó Pelletan, figuraban hombres como Havin y Gueroult que hacia ya bastante tiempo mantenian relaciones con las Tullerías; y al lado de republicanos impertérritos como Favre ó Marie, figuraban orleanistas como Thiers que simpatizaban mas con la derecha, donde figuraban hombres como Buffet y Brame, que con la izquierda. Prudentemente suprimió el emperador en el discurso de apertura de las cámaras en 5 de noviembre de 1863, toda observacion que hubiese podido herir alguna susceptibilidad, y dijo que el juramento que habian prestado los diputados le respondia de la cooperacion de todos, y que si se guardaba fidelidad á la constitucion, á la cual el país debia once años de prosperidad, se desempeñarian las tareas legislativas rápidamente y con buen resultado. Morny fué mas léjos en su discurso de apertura como presidente, expresando su alegría por haber ingresado otra vez en el cuerpo legislativo antiguas celebridades parlamentarias, y en conversaciones privadas aseguró á los miembros de la oposicion que estaba convencido de que el imperio no podia vivir sin libertad, y que si el país llegara á comprender esto, se le debería á él (2). La conducta de la izquierda no fué por lo pronto nada hostil. Los miembros que representaban á las provincias aseguraban que no querian revolucion, sino que se consideraban en terreno legal, y hasta algunos de los diputados de Paris tomaron parte en la sesion de apertura, lo cual no habian hecho nunca los cinco oposicionistas. Ollivier declaró en los primeros días que la oposicion no se mostraria amiga de triquiñuelas ni apasionada, sino siempre leal.

(2) H. Martin, tomo VI, pág. 357; Darimon: *Tiers parti*, página 33.

La primera lucha algo seria con el gobierno estalló al discutirse á fines de diciembre un empréstito de 300 millones que queria hacer Fould para disminuir la deuda flotante en una suma igual, recogiendo bonos del tesoro. La oposicion sospechó que este era un pretexto inventado á fin de tener disponible dinero para una guerra á favor de los polacos que en su opinion meditaba el emperador. Por tanto presentó una enmienda para que se limitara la autorizacion á emitir nuevos bonos del tesoro por 100 millones en lugar de los 300 soli-

citados. Thiers, que fué el autor de esta enmienda, contaba para ella con el apoyo del tercer partido é indujo en efecto á hombres como Martel, Andelarre, Lambrecht y otros á firmarla, aunque por otro lado tenia la certeza de que los miembros de la oposicion que eran amigos de Polonia, como Havin y Gueroult, no la firmarian. En efecto, esta enmienda fué causa de que la izquierda se dividiera. En el curso de la legislatura se repitió esta division con creciente frecuencia, y raros eran los casos en que la oposicion podia presentarse



Emilio Ollivier (segun fotografia)

unánime y en que Ollivier pudiera exclamar triunfante: «¡Los cinco se han hecho treinta y seis!» En mayo de 1864 llegaron á reñir Favre y Ollivier. Se trató de una proposicion del gobierno concediendo á los obreros el derecho de coaligarse, pero declarando punible toda excitacion á la coalicion. Ollivier, que habia sido elegido en la comision para redactar el dictámen sobre esta ley, consiguió que únicamente se castigara á los que impidieran á la fuerza que otros trabajaran; pero Favre, y con él la mayoría de la oposicion, pidieron que se aplicara á estas cuestiones simplemente el derecho público; y en sesion pública acusaron á Ollivier de haber faltado á sus antiguos principios. Despues de la sesion quiso dar Favre la mano á Ollivier, pero éste titubeó en aceptarla, y desde aquel día no hubo ya confianza ni cooperacion entre los dos. Tambien entre Ollivier y Thiers surgió luego una divergencia de principios. El viejo orleanista queria dirigir

su ataque en primer lugar contra la responsabilidad constitucional del emperador, mientras que Ollivier partió del punto de vista de que la historia de Francia desde la revolucion demostraba que la irresponsabilidad de los soberanos era simplemente letra muerta, por lo cual habia que limitarse á pedir sin perjuicio de la responsabilidad del emperador la de los ministros (1). Fué, pues, muy insignificante la unanimidad de la oposicion y aunque la rivalidad no se manifestaba con mas aspereza á la vista, no por eso era menos violenta.

Thiers sabia perfectamente que su modo de ver sobre la política extranjera, la posicion mútua del Estado y de la Iglesia, la proteccion y el libre cambio y otras cuestiones no podian contar con el apoyo de la izquierda, por cuyo motivo

(1) Darimon: *Tiers parti*, pág. 75.

se había propuesto desde el primer instante crear un centro izquierdo, y aprovechó el debate de la contestación al discurso del trono para publicar en cierta manera su programa en la sesión del 11 de enero de 1864. Decía en su discurso que la misión que le habían dado sus electores exigía que se discutieran imparcialmente los negocios del país, no que se cambiaran la forma del gobierno ni la dinastía; que por otra parte era deber del gobierno satisfacer los deseos del país y restituirle las libertades necesarias, como la libertad individual, la de la prensa, la de reunión, la electoral y la parlamentaria. Añadió que como hombre honrado aseguraba que concediendo estos deseos podía contarse en el número de los ciudadanos agradecidos y adictos al imperio; pero que no se olvidara tampoco que un pueblo tan vivo como el francés, si bien se permitía todavía suplicar respetuosamente, si no se le escuchaba, algún día exigiría impetuosamente lo que deseaba. La contestación que dió Rouher imposibilitó toda inteligencia, pues dijo que el imperio estaba animado de ideas liberales, pero que nada tenía que ver con las ficciones constitucionales anticuadas, que ya habían hundido dos dinastías; que el gobierno se hallaba en el terreno de la constitución, la cual mandaba que el emperador gobernara, y que en su consecuencia el emperador gobernaria. Hasta en el seno de la mayoría excitó sorpresa el lenguaje absoluto con que el ministro de Estado se opuso también á cada una de las reformas indicadas, y Latour-Dumoulin contradijo, siendo vivamente aplaudido, la aserción de Rouher de que el envío de ministros especialistas á la cámara era incompatible con la constitución.

La formación del partido medio hizo visibles progresos durante la discusión del mensaje al trono. El nuevo partido presentó un gran número de enmiendas, y como lo que pedía en la mayor parte de los casos fué apoyado por la izquierda, consiguió en las votaciones hasta 61 votos.

Entre los fomentadores más activos de este nuevo partido figuraba el presidente Morny; solo que éste deseaba que el nuevo partido abarcara también una parte de la izquierda y tomó particularmente bajo su protección á Ollivier y Darimon á fin de facilitarles una posición en la cámara. Su tentativa para lograr la elección de Darimon como secretario fracasó en esta legislatura, pero tuvo buen éxito en la siguiente. A fines de marzo de 1864 logró la elección antes mencionada de Ollivier como ponente de la comisión nombrada para dar dictamen sobre la ley de la libertad de coalición, no obstante que Rouher había inducido al emperador á pronunciarse contra este nombramiento (1). Desde aquel momento se vió Ollivier expuesto en la prensa de la oposición á toda clase de hostilidad y de sospechas, á pesar de que su informe y las mejoras que en él recomendaba excedieron mucho de lo que la izquierda había pedido en el debate de la contestación al discurso del trono. Se le acusó de que renegaba de su pasado y la izquierda cesó de invitar á él y á Darimon á sus conferencias preparatorias. Como era natural, esto le empujó más hácia la derecha y se puso más en contacto con Morny.

Algunas señales indicaron que el emperador volvería á inclinarse pronto con mayor decisión del lado de la libertad, y se interpretaba particularmente en este sentido el nombramiento del príncipe Napoleón como individuo y vicepresidente del consejo secreto, por Navidad de 1864. Mayores esperanzas en este sentido despertó algunas semanas después el *Monitor* con la publicación de un informe de Duruy á favor de la enseñanza obligatoria y gratuita. Con este motivo se vió hasta donde el emperador escuchaba á los enemigos

(1) Darimon: *Tiers parti*, pág. 136.

del progreso, los cuales le hicieron creer con mucha facilidad que «el viento de la opinión pública que soplaba en favor del partido de la reforma, venía únicamente del gabinete de Thiers, de la redacción del *Journal des Debats* y de la sala de sesiones de la Academia, mientras la masa de la nación, confiando en el emperador, observaba indiferente los trabajos interesados de los ambiciosos de París (2).» Después que el partido clerical hubo expresado en términos violentos la indignación que le causaban los planes de Duruy, el *Monitor* hizo saber que este informe solo contenía el modo de ver personal del ministro, pero no los principios que habían de guiar al consejo de Estado al redactar la ley. Mucho peor fué todavía que en aquellos días, en marzo de 1865, muriera Morny, que en las semanas anteriores se había esforzado por preparar la entrada de Ollivier en el ministerio, á cuyo plan no se renunció por esto. En un discurso del 27 de marzo de 1865 fijó Ollivier su posición política en términos que le aproximaron mucho al tercer partido. Rouher estaba entonces dispuesto á admitirle, á restablecer la libertad de la prensa, á conceder á la cámara el derecho de interpelación, abolir la discusión de contestación al discurso del trono y á admitir la compatibilidad del cargo de diputado con el de ministro, disposiciones todas que significaban la vuelta al sistema parlamentario, aunque manteniendo la responsabilidad imperial. Como otro de los signos favorables se consideraba que Lavalette se encargara el 3 de abril, en lugar de Boudet, del ministerio del Interior, porque se le contaba entre los servidores liberales del emperador. El tercer partido estaba animado, mientras la mayoría empezaba á significar su descontento.

Schneider comparó con razón en aquel tiempo al país con un enfermo que deseaba cambiar de posición; y Mérimée observó con satisfacción que los partidos extremos se hacían más tratables: que los rojos, siempre descontentos, no se mostraban facciosos; que los orleanistas y legitimistas se fundían con los clericales, si bien con todo esto en su opinión el gobierno no ganaba mucho por hallarse en un plano inclinado, mientras que se aumentaba la influencia parlamentaria. Pero en realidad, tanto estas esperanzas como estos temores eran infundados. La mejor prueba de lo distante que estaba el emperador de cambiar realmente de sistema y de estar todavía firmemente adherido á sus «ideas napoleónicas» fué la publicación de la primera parte de su *Historia de Julio César* en marzo de 1865, la cual, por supuesto, á pesar de todos los estudios y erudición que contenía, fué recibida por el público más como un manifiesto político que como un trabajo histórico. El comentario práctico de esta glorificación teórica de los monarcas por la gracia de Dios, no se hizo esperar mucho tiempo. Durante el viaje del emperador á Argelia el príncipe Napoleón aprovechó la circunstancia de la inauguración de una estatua de Napoleón I en Ajaccio para pronunciar un discurso en el cual celebró á su tío como el verdadero heraldo y Mesías de la libertad é hizo alguna crítica bastante transparente del régimen dominante. Dijo entre otras cosas que él amaba la libertad bajo todas las formas y la prefería, como prefería también una política guiada por la opinión pública tal como se manifestaba en la prensa y en las reuniones, á ministros que con frecuencia eran solo el fruto de una intriga parlamentaria de la cual el soberano no podía librarse. Añadió que su fe política abarcaba el principio de las nacionalidades, la grandeza de la patria y la libertad, y que estaba convencidísimo de que la misión de Napoleón fué llegar con el auxilio de la dictadura á la emancipación del pueblo. Este discurso, que horrorizó

(2) Cassagnac: *Souvenirs*, tomo III, pág. 166.

á la emperatriz regente y que fué considerado por muchos como el manifiesto de la «rama menor», produjo una carta del emperador desde Argel con fecha de 23 de mayo de 1865 dirigida á su primo y tan empapada de principios autoritarios como ninguno de sus manifiestos políticos desde mucho tiempo. En ella le decía que al dejarle durante su ausencia al lado de la emperatriz como vicepresidente del consejo secreto, le había dado una prueba de su confianza en la esperanza que el príncipe demostraría con su conducta y sus palabras la unión que existía dentro de la familia imperial; que en lugar de esto, había desarrollado un programa escudándose con el nombre del gran emperador, que solo serviría á los enemigos del gobierno y que expresaba únicamente sentimientos de odio y de venganza que no eran ya propios de nuestra época. Para poder aplicar las ideas de Napoleón I á la situación en que la Francia se hallaba entonces era preciso haber pasado por las duras pruebas de la responsabilidad y del poder. «Apenas es posible para nosotros pigmeos acertar el verdadero valor de la gran figura histórica de Napoleón, que cual estatua colosal no podemos juzgar simultáneamente con el conjunto y solo podríamos verla siempre de aquel lado que está á nuestra vista, lo que da lugar á la impresión defectuosa que nos causa y á la diferencia de opiniones. Pero una cosa es positiva, á saber: que el emperador á fin de impedir la anarquía de los ánimos, enemiga terrible de la verdadera libertad, estableció en su familia como en su gobierno aquella disciplina rígida que permitía que hubiese solo una voluntad única y un modo de obrar único. Yo también me guiaré en adelante por este principio.»

El príncipe contestó á esta reprensión con una carta lacónica fechada en 27 de mayo, en la cual presentó su dimisión de vicepresidente del consejo secreto y de presidente de la comisión de la exposición universal de 1867. La ruptura entre él y su primo fué más brusca que nunca, y todo el mundo consideró este suceso como un síntoma de haber renunciado el emperador á los planes de reforma que se le habían atribuido. Al mismo tiempo empezó un vivo movimiento literario que se dirigió contra los principios que dominaban en la obra *Julio César*, y que de consiguiente más ó menos directamente atacaba la política imperial. El trabajo más importante (*La Province en 1851*) de Eugenio Tenot, en el cual este autor describe la sofocación del levantamiento en los departamentos en diciembre de 1851, llamó relativamente poco la atención, quizás porque el gobierno tuvo la prudencia de no hacer caso de él. En cambio prohibió una glorificación de Hebert y del gobierno del Terror que publicó un joven abogado llamado Tridon, que más tarde fué miembro de la *Commune*. Deslumbrador fué el éxito que obtuvo A. Rogeard, el autor de la poesía *El león del barrio latino*, con su obra satírica: *Los propósitos de Labieno* (la crítica histórica bajo el reinado de Augusto). En esta obra sirve al autor para fondo de la figura del republicano Labieno una pintura del tiempo más glorioso de Augusto, entretejida de alusiones mordaces, como sirvieron á Labieno las memorias de Augusto, acabadas de publicar, para criticar implacablemente al emperador como monarca y como literato. En cada línea se señalaba á Napoleón y á su historia de César. Por mucha malignidad y talento que se acumulaba en las pocas páginas de este escrito del ex-profesor de literatura clásica en el Liceo de Pau, padecía demasiado de exceso de erudición para que hubiese podido hacer efecto en un círculo muy extenso. Su folleto siguiente titulado *Pobre Francia*, aun tuvo menos éxito y al poco tiempo fué olvidado completamente el autor. Sin embargo, la comparación de la época del imperio romano con la de Napoleón III produjo todavía una literatura voluminosa en la

cual ocuparon un puesto distinguido los escritos de Beulé, secretario perpétuo de la academia de Bellas Artes, mereciendo particular mención las obras: *Augusto, su familia y sus amigos*, publicada en 1867, y *Tiberio y la herencia de Augusto*, publicada en 1868, que á pesar de ser trabajos muy serios, tenían el atractivo de sus muchas alusiones á circunstancias y personas coetáneas.

También fueron señales de la corriente liberal que atravesaba el país las elecciones de los consejos municipales que se hicieron en julio de 1865, y en las cuales la oposición alcanzó muchos triunfos, sobre todo en las grandes ciudades, mientras en otros muchos puntos los prefectos evitaron ó encubrieron la derrota del gobierno apoyando, si no había otro remedio, listas mixtas, satisfechos de conseguir siquiera la elección de los candidatos más importantes. Mas todavía que estas elecciones se pusieron por algunas semanas en primer término las cuestiones municipales por el llamado programa de Nancy, que recomendaba la descentralización como único medio de acabar con las revoluciones y de fundar la libertad sobre una sólida base. Firmaron este programa, además de Carnot, Garnier-Pagés, Julio Simon y Pelletan, los monárquicos Montalembert, Berryer, Guizot, Broglie y otros. Tres eran sus propósitos principales: mayor autonomía de los municipios, supresión de los distritos, que carecían completamente de fuerza vital, y reunión de cierto número de departamentos en provincias. Este último propósito excitó, sin embargo, dentro de la misma oposición viva resistencia, pues se había hecho costumbre ver en la abolición de las antiguas provincias una de las obras más importantes de la revolución, lo cual hizo que la vuelta al antiguo sistema fuese considerada como un intento reaccionario y hasta un peligro para la unidad nacional. Esta cuestión dió lugar á una vivísima polémica en los periódicos, en la cual el *Temps* representaba el programa de Nancy, mientras el *Siecle* y otros periódicos de la oposición combatían dicho programa. El gobierno presenció esta lucha con satisfacción, porque desviaba los ánimos de las cuestiones puramente políticas. La descentralización en sí tenía las simpatías del emperador, y por otra parte las discusiones sobre cuestiones administrativas y locales no encerraban seguramente ningún peligro para la conservación de la dinastía. Por esto Napoleón poco tiempo antes había hecho una pequeña concesión en este sentido prometiendo á principios de abril de 1865 por boca de Rouher en el cuerpo legislativo que en adelante serían nombrados los alcaldes por los consejos municipales, siempre que no se opusiesen á ello excepcionales circunstancias. Julio Simon y otros oradores de la oposición pidieron que este principio fuese reconocido como ley, pero á esto se opuso el ministro.

Sin embargo, el descontento general de la situación interior era tan grande, que siempre renacían voces de un cambio liberal y de personas y cosas. El *Monitor* creyó oportuno en setiembre de 1865 declarar que tales voces no solamente carecían de fundamento, sino que eran invenciones inspiradas por personas perversas. Este exceso de acritud hizo suponer que los enemigos de las reformas no se encontraban muy seguros, y por lo demás se había condecorado á Darimon con la cruz de la Legión de Honor; Ollivier había tenido con el emperador una entrevista en apariencia casual; Walewski había dimitido su cargo de senador para hacerse elegir diputado, y había sido destinado por el emperador para la presidencia del cuerpo legislativo como sucesor de Morny; y muchos creyeron que Rouher haría un movimiento en sentido liberal, si bien Ollivier le acusaba de apoyar al emperador en sus ideas de resistencia.

Para ejercer una presión más enérgica se decidió á fines